

Los cuatro documentos que constituyen el Apéndice –a) la carta de Caracciolo a d’Alembert; b) Historia de la Inquisición de Sicilia; c) La carta de Grégoire al Inquisidor Ramón José de Arce; d) Manifiesto a la Nación Española– son de agradecer, por cuanto divulgan unos instrumentos que los estudiosos italianos tendrán desde ahora cómodamente a la mano.

Enrique DE LA LAMA

Giuseppe BARBAGLIO, *Jesús de Nazaret y Pablo de Tarso. Confrontación histórica*, Salamanca: Secretariado Trinitario, 2009, 375 pp., 14 x 22, ISBN 978-84-96488-31-1.

En la Introducción, refiere el a. cómo la comparación entre ambos personajes ha sido objeto de muchos estudios e investigaciones, con opiniones que oscilan entre la total continuidad y la discontinuidad, pasando por posturas intermedias, propuestas como signo de la evolución de dos épocas diversas. Destaca que en ciertos sectores se afirma la idea de que Pablo es el fundador del cristianismo, o también el que elevó la figura de Jesús a la categoría de un ser divino, aunque por debajo de Dios. Lo cual, en cierto modo, es lo mismo que dijo Kähler en el siglo XIX y Bultmann en los años treinta, al hablar del Cristo de la fe, como distinto al Jesús de la historia.

Barbaglio afirma que, para algunos judíos, Pablo es reconocido últimamente como hermano (Ben Chorin, M. Buber), mientras que para otros es una especie de desertor, que substituyó la religión judía teocéntrica por una confesión cristocéntrica. La *New Perspective* de la teología de Pablo, iniciada hace unos veinte años, presenta un balance de los puntos de unión y de las diferencias que les separan. «La presente contribución –aclara el a.– tiene un carácter sintético; por eso, aquí y allí remito a los lectores a mis precedentes estudios (*Jesús, hebreo de Galilea, La teología de San Pablo, El pensar de San Pablo*) donde es posible encontrar, en cada aspecto, anotaciones más abundantes» (p. 10).

La obra tiene diez capítulos, en los que se tratan diversos aspectos, entre los que cabe destacar el «Problema en los tiempos modernos», la «Transición de Jesús a Pablo», la «Divinización de Jesucristo», el «Sermón de la Montaña, libertad de espíritu» y «Fidelidad hebrea». Respecto al problema en los tiempos modernos, se analiza, en primer lugar, la etapa de la investigación en-

tre 1831 y 1920. Para ello, Barbaglio se remonta a Reimarus, el cual señaló que el Cristo de los evangelios fue fruto de la creencia de sus discípulos, que no tenía nada que ver con el Jesús asequible a la investigación histórica. Como sabemos es una cuestión que, de una forma o de otra, sigue viva en nuestros tiempos. F. C. Baur reconstruyó la situación histórica de los principios y concluyó que entre Jesús y Pablo había una insalvable discontinuidad. Luego, Harnack reconoció que había diferencia entre Jesús y Pablo; sin embargo, opinaba que Pablo fue un fiel continuador de Jesús (p. 19). W. Wrede, en 1904, volvió a la teoría de la teología liberal del s. XIX, y defendió una «insanable antítesis: o Jesús, o Pablo».

Entre los años 1920 a 1960, se afirma la influencia de Bultmann, para quien Pablo no está determinado por el Jesús histórico, aunque reconoce que la predicación de Jesús y la teología de Pablo tienen un amplio acuerdo de contenido. Afirma que en el evangelio de Pablo no es central el Jesús terreno, como se podría imaginar (*historisch*), sino el Jesús histórico (*geschichtlich*). Su postura suscitó un fuerte debate, en el que sobresale W. G. Kümmel (1940), cuya teoría, en síntesis, sostiene que no es verdad «que Pablo presente otra religión o revelación con relación a Jesús» (p. 30). En los últimos desarrollos se alternan posturas antagónicas. Resalta el nombre de S. G. Wilson, que critica de forma contundente las posturas radicales de Bultmann y Kümmel.

En el capítulo IV, Barbaglio hace la comparación entre Jesús y Pablo, a los que considera como dos grandes convertidos y extraordinarios visionarios. Así, habla de cómo Jesús declara que «veía a Satanás que caía como un rayo del cielo», mientras que Pablo refiere la visión que tuvo en el camino de Damasco. En el desarrollo de la cuestión da la impresión de que, en cierto modo, tanto Jesús como Pablo son dos personajes similares, con una fuerte experiencia religiosa que les condujo a situaciones parecidas. Es verdad que hay momentos en que se afirma la gran diferencia entre Jesús y Pablo; sin embargo, la exposición resulta confusa.

Al tratar de la divinización de Jesús (cap. VI), Barbaglio se plantea si Jesús se ha identificado con el Hijo del hombre, y estima que la respuesta es problemática. Propone como opinión personal que son propios de Jesús los pasajes en los que el título Hijo del hombre no tienen valor mesiánico, sino que señalan a Jesús como un hombre cuya existencia es precaria y expuesta a humillaciones. En cambio, pertenecen a los primeros creyentes los textos que se refieren a su pasión, muerte y resurrección, así como a su venida definitiva como juez universal. Tampoco considera claro que Jesús se presentara como Me-

sías. Por eso, concluye diciendo que «para conocer qué imagen ha ofrecido Jesús de sí mismo nos parece oportuno abandonar los grandes títulos mesiánicos (Mesías, Hijo de David, Hijo del hombre) y fijar la mirada en su relación con la realeza divina que irrumpe, poniendo en evidencia su papel activo como anunciador de la buena noticia a los pobres y sanador de enfermos» (p. 168).

En cuanto a San Pablo, señala que «en sus cartas el apóstol ignora casi todo lo que el Nazareno ha dicho y hecho. No dice nada de las parábolas, guarda silencio sobre las curaciones y los exorcismos, no hay ninguna mención de su bautismo, ni de las bienaventuranzas, ni da a conocer el núcleo central del anuncio de Jesús: el reino de Dios». Citándolo expresamente, recoge solamente dos de sus frases y ni siquiera son de las más significativas: «en cuanto a los casados, os ordeno, no yo sino el señor: que la mujer no se separe de su marido» (1 Cor 7,10; Mc 10,11-12), «Del mismo modo, también el Señor ha ordenado que los que predicán el evangelio vivan del evangelio» (1 Cor 9,14; Lc 10,7) (p. 169). Luego refiere algunas citas que considera implícitas, por ejemplo Rm 12,14 respecto de Mc 5,44, al hablar de bendecir a los que nos persigan o maldigan. Considera que Fl 2,5-8 es otra cita implícita, aunque no señala ningún texto concreto de los evangelios. «También, Pablo recuerda la última cena (1 Cor 11,23 ss.) y sabe que Jesús tenía algunos hermanos» (p. 170). Comprendo que la referencia es un tanto prolija, sin embargo expresa el tono con que el autor se desenvuelve, sin matizar afirmaciones sorprendentes. En otro momento, dice también que «Pablo ignora totalmente la interpretación de su filiación divina, presente en algunos círculos cristianos de los primeros decenios y atestiguada en los llamados evangelios de la infancia de Mateo y Lucas, que la vinculan estrechamente a su concepción virginal» (p. 185).

Destaca Barbaglio cómo Cristo resucitado actúa con la potencia vivificadora del Espíritu, llamado «Espíritu de Cristo» (Rm 8, 9) o «Espíritu del Señor» (2 Co 3, 17). Es cierto que Dios mandó a su Hijo «para que recibiéramos la adopción filial» (Ga, 4-6), pero «los que son guiados por el Espíritu son hijos de Dios» (Rm 8, 14), y «el Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios» (Rm 8, 15-16). Por tanto, se puede hablar de una cristología del Espíritu (p. 190).

En las cartas paulinas se habla de un culto a Jesús. Así, en 1 Ts 3,11-12 primero se invoca conjuntamente al Padre y a Cristo, y luego sólo a Jesús, para que le conceda regresar y para que los tesalonicenses crezcan en el amor (p. 192). Aunque no se diga nada al respecto, nos parece que este dato es significativo y valioso para ver cómo ya en el más antiguo escrito del Nuevo Testa-

mento, anterior a los mismos evangelios, la figura de Jesús, poco después de su resurrección, es considerada como divina en los primeros tiempos del cristianismo.

En el capítulo VII, el autor aborda el tema de la Iglesia y el Reino. Cita la célebre frase de Loisy («Jesús anunciaba el reino y ha venido la Iglesia») y la interpreta en el sentido de que se refería a «un desarrollo, a su entender, inevitable como se da en todo proceso histórico de formación de un nuevo ordenamiento respecto al precedente; ninguna discontinuidad radical, sino el tránsito de una forma a otra» (p. 239). Estima Barbaglio que, con la elección de doce en torno a sí, Jesús iniciaba un movimiento específico dentro del judaísmo de su tiempo. Después de ese primer círculo, estaban aquellos que se fueron agregando como un grupo que seguía a Jesús y compartía su estilo de vida. Posteriormente, otros se adherían a su persona y a su mensaje, pero permaneciendo en sus casas, fieles a su «*status*» social. «El apóstol había entrado a formar parte del variado movimiento de Jesús en su forma comunitaria de residentes» (p. 256). Esta afirmación es equívoca, pues aunque no siguió a Jesús ni formó parte del primer grupo, Pablo sí fue un apóstol y evangelizador itinerante, con una actividad y estilo de vida semejante al de los demás apóstoles. Así se deduce al señalar que Pablo se sabe llamado a evangelizar «allí donde el nombre de Cristo no era conocido, para no construir sobre cimientos ya puestos por otros» (Rm 15,20).

En su tarea, llama «*ekklèsia*» a las diversas comunidades de los creyentes en Cristo. Respecto al origen de esta denominación, «en contra de mucho exégetas que se refieren al hebreo *qahal*, alusivo a las asambleas del pueblo de Israel, considero que el apóstol, el primero o precedido de la comunidad de Antioquía, se refiere a la *ekklèsia* de las ciudades griegas» (p. 259). Estimamos que el hecho de usar el término *ekklèsia* con una cierta similitud con las ciudades griegas no quita que ese término, tal como ocurre en los LXX, se aplique al Pueblo de Dios. Ese olivo escogido en el que se injerta el olivo silvestre, símbolo de los gentiles, para formar el Pueblo de la Nueva Alianza que anunciaron los profetas y que se cumple en y con Jesucristo.

Tanto aquí, como en el resto de la exposición del capítulo VIII, no se dice nada acerca de la Iglesia como Nuevo Pueblo de Dios, realidad fundamental en la eclesiología y expuesta con claridad en la *Lumen gentium*, n. 9, donde, al recordar la elección de Israel como pueblo suyo, se dice que esto se realizó como preparación y figura de la nueva y eterna alianza, que había de efectuarse en Cristo, convocando un pueblo de entre los judíos y los gentiles

que se condensara en unidad no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera un nuevo Pueblo de Dios, y así «el que en un tiempo no era pueblo, y ahora pueblo de Dios» (1 P 2, 10).

No obstante, en el capítulo titulado «Fidelidad hebrea», al comentar Rm 9-11, recuerda cómo Pablo considera que Dios no ha repudiado a su Pueblo (pp. 351-353). Es cierto que algunas ramas se han desgajado, mientras que otras procedentes del olivo silvestre, es decir, de los gentiles, han sido injertadas. Ello rechaza la teoría de que la Iglesia ha sustituido al Pueblo elegido, pues la realidad es que se han cumplido las profecías universalistas y que junto a los hijos de Abrahán por la sangre está los hijos de Abrahán por la fe.

Barbaglio afirma, por último, que, junto a las diferencias entre Jesús y Pablo, hay una convergencia indiscutible en la concepción de Dios como rey y padre. Del mismo modo, en ambos se resalta la idea de que Dios acoge a todos, sin excluir a nadie. «Ambos han sido igualmente los anunciadores de alegría del *dies salutis*, no los profetas catastrofistas del *dies irae*» (p. 358). Esta frase adolece de esa falta de claridad en exponer ciertos puntos, y no está afirmada sin reticencia la gran diferencia entre Jesús y Pablo, que no han sido «igualmente anunciadores de la alegría del *dies salutis*». En efecto, Pablo anuncia la salvación, mientras que Jesús la realiza con su muerte y su resurrección.

Antonio GARCÍA-MORENO

Emmanuel DURAND, *Le Père Alpha et Oméga de la vie trinitaire*, Paris: Éditions du Cerf, 2008, 300 pp., 13,5 x 21,5, ISBN 978-2-204-08622-6.

El objetivo de esta obra consiste en proponer una teología de la persona del Padre que, tomando su punto de partida en la revelación del Padre como Alfa y Omega en la economía salvífica, abra el acceso a un tratamiento especulativo renovado de la persona del Padre que respete a un tiempo su identidad relacional y su primacía en la vida intratrinitaria. Se trata, por tanto, de un esquema de argumentación que, siguiendo el orden de la teología patristica, parte de la *economía* para llegar a la *theología*.

Hay que subrayar que el objetivo de esta obra trasciende los límites de un estudio histórico de la cuestión. En esta obra, Durand presenta el esbozo de